

FEUDALISMO

Liborio Salazar



Feudalismo

Liborio Salazar

Epílogo

Prof. Alfonso Torres de Castilla

Traducción

Fernando Garrido Baixauli

Título original: *O feudalismo*

Ilustración: «American University», (1926). Library of Congress Prints and Photographs (LC-DIG-np-cc-15903)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares de los derechos de autor o *copyright*, la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema o soporte informático y su transmisión en cualquier forma o medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

1.ª Edición: junio de 2019

<https://sivainvi.wixsite.com/valis>

<https://www.facebook.com/La-Edad-Posmoderna-110840737002998/>

© Liborio Salazar, 2003

© del epílogo, Alfonso Torres de Castilla, 2019

© de la traducción, Fernando Garrido Baixauli, 2019

Para mi hermano, Enrique Giménez Lucía, por
prestarme su voz e inspirarnos con el ejemplo de su
magisterio

Para mis alumnos del Serpis y el Vega Baja, con los
que siempre estaré en deuda por enseñarme a ser pro-
fesor

«La erudición y el rigor académico del historiador profesional están ausentes [de este libro]. En un sentido específico, escribir historia es inseparable de investigar directamente los materiales originales del pasado, ya sean arqueológicos, epigráficos o de archivo. El estudio que sigue no aspira a esa dignidad. Más que un verdadero estudio de historia, este libro se basa en la lectura de las obras disponibles de los historiadores modernos. (...) Lo que generalmente acepta una generación de historiadores puede ser desechado por la investigación de la siguiente. Por tanto, cualquier tentativa de formular afirmaciones generales basadas en opiniones existentes, por muy eruditas que éstas sean, tiene que ser inevitablemente precaria y condicional».

«El modo de producción feudal que apareció en Europa occidental se caracterizaba por una unidad compleja. (...) El campesino estaba sujeto a la jurisdicción de su señor. Al mismo tiempo, los derechos de propiedad del señor sobre su tierra eran normalmente sólo de grado: el señor recibía la investidura de sus derechos de otro noble (o nobles) superior, a quien tenía que prestar servicios de caballería (...). A su vez, el señor ligio era frecuentemente vasallo de un superior feudal, y la cadena de esas tenencias dependientes vinculadas al servicio militar se extendía hacia arriba hasta llegar al punto más alto del sistema –en la mayoría de los casos un monarca–. (...) La consecuencia de tal sistema era que la soberanía política nunca se asentaba en un solo centro».

Perry Anderson. Transiciones de la Antigüedad al feudalismo. Madrid, Siglo XXI, 1995.

Contents

- [Title Page](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [EPILOGO](#)

Capítulo 1

El régimen señorial

«Algunos señores pretenden y observan que los dichos payeses [campesinos] puedan justa o injustamente ser maltratados a su entero talante, mantenidos en hierros y cadenas y aun reciben golpes. (...) Pretenden algunos señores que cuando el payés toma mujer, el señor ha de dormir la primera noche con ella, y en señal del señorío, la noche que el payés deba hacer nupcias estar la mujer acostada, viene el señor y sube a la cama (...). Usan y practican algunos señores, que cuando el payés tiene un hijo o una hija, ya en edad de casarse, fuerzan al payés a dejarle su hijo o hija, para que les sirva algún tiempo sin paga alguna y remuneración, de lo que se siguen cosas deshonestas y gran subyugamiento para el payés».

Capítulos del proyecto de concordia entre los payeses de remensa y sus señores, 1462.

El bote de plástico se antoja un abismo para el navegante, que lo estudia con la respiración contenida. Más que un frasco bien parece un balde, un aguadero, una piscina olímpica a la espera de que el nadador la colme. Gabriel S. busca una cita que le ayude a salir bien parado, e inmediatamente le viene a la cabeza Stefan Zweig: «A los cincuenta y ocho años, un hombre no pide ni suplica». Aquel bote, sin embargo, representa la oración del penitente que ruega ser absuelto, saberse querido, hallar refugio en una narrativa preñada de rendiciones, propias y ajenas.

Antes de cerrar, Gabriel S. ha colgado de una alcayata el distintivo rojo que reclama privacidad y respeto. El baño corrompe la libido con una aséptica declaración de principios en porcelana blanca. Gabriel se baja los pantalones y se sienta sobre la tapa del váter: no hay razón para levantarla, piensa el profesor, con una mano en el bote de plástico y la otra en los testículos. Gabriel combate con el gusano flácido que anida entre sus piernas, pero el frasco transparente le abrumba. No hace falta que rebose, no sos-

tienes una manga pastelera con la que desbordar a chorro el bocado de merengue, no te piden que salgas del cuarto con un balde de leche en cada mano y la vaca exangüe a tus espaldas, basta con que encharques el fondo, apenas un poso en la taza que olvidaste sobre la pila del fregadero.

La secuencia de imágenes entorpece la tan preciada erección. Los ecos al otro lado de la puerta tampoco ayudan: unos tacones que cruzan el pasillo, el murmullo del personal sanitario discutiendo el cambio en los turnos del mes, el flujo y reflujo del agua en peregrinación por las cañerías. Gabriel se arrepiente, y la derrota cruza su conciencia, hasta que una leve torsión de cuello le recuerda los achaques tras dos semanas durmiendo en un sofá. Este problema empezó con mi polla en la mano, y es justo que así termine. Su esposa puso una sola condición para permitir su vuelta a casa: darle un hijo, y el caduco adolescente de cincuenta y ocho años, bebedor y mujeriego confeso, ha tenido que aceptar este portazgo para reencontrarse con su cama, con sus antigüedades de baratillo, con una biblioteca de libros precintados, con sus acartonadas revistas porno, con el busto hueco de Marx donde esconde los condones y el hachís, con la huera certeza de que no sucumbirá al vértigo de saberse solo.

La emisión de esperma debe continuar. El honorable catedrático, doctor en Historia, integrante de numerosos consejos editoriales, director de seminario, eminencia con su nombre labrado a la chapa de una puerta en la mediocre Facultad de Geografía e Historia de una insípida universidad, agarra su pene como un vikingo asiría su hacha, y lanza en ristre despelleja su prepucio cual barbero ante un caso agudo de fimosis. Fuera, los sanitarios aguardan para contar espermatozoides como quien suma manifestantes el primero de mayo; ¡correrse con la violencia de una bomba liberada de su nudo gordiano demostrará que a este viejo le resta más gallardía que a muchos jóvenes, adictos a la impostura de las redes sociales! Gabriel abraza las trancas y

desprecias las barrancas, erigiéndose en el más alfa de los machos, el más primo de los números, el más breve de los Pipinos, con un alarido presto en los labios, el grito de un corazón leonado, la arenga de un marqués a sus condes en la noche que precede a la apoteosis.

Pero no hay forma. Gabriel medita que, tal vez, debería haberse tomado aquella pastilla azul. El profesor cierra los ojos, con la esperanza de que una escena se proyecte en la pantalla de sus párpados. Pero al viejo no le llega nada, así que echa mano de la profesión y se instala en el recuerdo. Alumnas junto a la ventana en las últimas clases de junio, faldas cortas, escotes, surcos en blusas encarnadas y abiertas como el Mar Rojo, labios trémulos, lenguas tímidas que asoman de sus caparazones. El primer paso para tener un hijo con la esposa a la que ha sido infiel tantas veces es violentar en la imaginación a todas las jóvenes con las que ha deseado revolcarse. En su mezquindad, Gabriel S. no recurre a los lechos que ha quebrado; tal vez porque esas conquistas, aprehensibles, materiales, salpicadas de efluvios, siempre terminaron con la constatación de un deseo insatisfecho. La promesa de las otras jóvenes, sin embargo... Sí, con ellas funciona, ellas le enervan, ellas le encienden, solas, en grupo, vestidas y desnudas, entre gemidos políglo-tas, con distintos acentos, una panoplia de promesas que le conduce a un violento orgasmo mientras el viejo profesor, desleído en sudores, emboca con su glande el bote, chorreando sobre las paredes que perla con líneas difusas más propias de un lienzo de Jackson Pollock que de la muestra para un espermograma.

Tras entregar el frasco, que las enfermeras etiquetan para su adecuada gestión, Gabriel sale de la consulta con paso firme y conciencia encallecida. Fuera le espera su mujer, una de esas muchachas en otro tiempo, una de aquellas promesas que para desgracia de ambos se cumplió. Ella, veinticinco años más joven y treinta centímetros más menuda que el gigantón catedrático, sonrío y abraza a su mari-

do. Gabriel saca las manos de los bolsillos y la envuelve con sus alas. El mentón del profesor descansa sobre la coronilla de la mujer, y cuando ella alza la vista y el matrimonio cruza miradas, a Gabriel no se le ocurre otra cosa que besar la frente de su esposa, como si la bendijera desde su atalaya. La pareja abandona el hospital privado, dejando atrás aquella costosa muestra de semen mientras la primavera de hermosas adolescentes todavía revolotea en la cabeza de Gabriel S.

Unas horas después, el catedrático navega en un fluido más benévolo. Esa tarde se clausura un ciclo de conferencias, y Gabriel se ha reservado un momento de gloria para codearse con las autoridades. A los pies del estrado se extiende el público, un enjambre de miradas circunspectas entre las que Gabriel busca una referencia, joven, atractiva, inasequible. Atrás quedaron los días en los que el viejo se frotaba contra el atril en el curso de sus ardidias jaculatorias; ahora, sentado a la mesa de sus iguales, se contenta con atraer la mirada de alguna estudiante. Gabriel S., responsable de estas charlas, sólo guarda un criterio a la hora de conformar la lista de expertos que le acompañan: que todos sean gordos o calvos, para así parecer más joven.

—El debate sobre las raíces consuetudinarias, ya sean visigóticas o musulmanas, en la conformación de los reinos hispánicos resulta estéril desde las posiciones de un integrista teórico que imposibilita el diálogo. —Prácticamente nadie ha entendido tan ufana afirmación, pero la mayoría asiente, como si supieran de qué se está hablando. Sólo unos pocos se revuelven, encorajinados por la estulticia del ponente. Gabriel S. continúa pletórico, pues sabe que está a punto de eyacular sobre el auditorio con la idea que le ha dado renombre—. La casuística del fenómeno que supone la Edad Media en la Península ibérica no se resuelve asumiendo o rechazando el régimen dominical, de herencia carolingia, que se impone en toda Europa antes del año mil. Por

contra, cabe respetar la singularidad de la Marca hispánica, entendiendo que los reinos peninsulares hasta el siglo XV constituyen estructuras *feudalizantes*.

Ahí está, saliendo en tromba, surcando los oídos y las conciencias del público. Aún se escuchan los estertores tras la última palabra, el bramido del toro que ha preñado a toda la vaquería. *Feudalizante*. Treinta años de profesión, miles de páginas, un asiento en la academia, un lugar en la historiografía tallado sobre la dura roca del tiempo con una sola palabra: *feudalizante*. Hace treinta años, Gabriel S. se encontraba al borde del olvido, con una tesis doctoral repleta de lugares comunes y afirmaciones descafeinadas, cuando tuvo la idea de convertirse en un diletante. Al principio, le llovieron invectivas de todas partes: ¿qué demonios significa *feudalizante*? Ni él mismo lo sabe; en el fondo, era una forma de decir:

«Soy-uno-de-esos-gilipollas-mediocres-convencido-de-que-no-tiene-nada-que-aportar-al-desarrollo-de-la-ciencia-pero-quiero-que-me-aceptéis-para-creerme-importante-y-no-acabar-mis-días-esclavo-de-un-empleo-de-mierda».

Feudalizante. No acepta el feudalismo, pero tampoco lo niega, con la erótica de un rebelde que vive al límite de la tarjeta de crédito de sus padres. Los marxistas lo criticaron, reforzando su prestigio entre los conservadores, y cuando los ultramontanos lo reprendieron, una nueva generación sin brújula metodológica lo convirtió en profeta. En poco tiempo, *feudalizante* pasó de repugnar a la mayoría a contentar a todos: los nacionalistas lo vieron como un signo de identidad, los progresistas un avance en la disciplina, los demócratas una esperanza de consenso, y algún viejo elefante lo tomó como báculo para deambular sus últimos años al compás de la manada.

Una sola palabra puede definir la existencia de un hombre. Gabriel S. no tiene más, pero tampoco lo requiere. Su patrimonio empieza y termina en ese fardo de letras convenientemente armado. Tampoco aspira a mayor grandeza,

porque nadie como él es consciente de que nada sabe, y nada importa.

–Mantenemos esta discusión desde hace años, y persistir en ella sólo contribuye a dar volumen a una idea sin sustancia. –Al término de la larga y abstrusa intervención de Gabriel S., otro especialista ha tomado la palabra. Marcos B. es el contrapunto que ciertos poderes en la universidad imponen a Gabriel como compañero de seminario. A Marcos le agota insistir en la misma evidencia, una y otra vez, y no tardará en renunciar al apostolado de la sensatez frente a la necedad satisfecha—. Feudalismo es un concepto históricamente determinado, no una ley salomónica. Buscar el feudalismo en los ejemplos particulares como reflejo de una realidad unívoca resulta absurdo en una Edad Media definida por la atomización del poder, y por lo tanto obligada a dibujar un crisol de matices en la particularidad de feudos y señoríos. Llamar *feudalizante* al régimen señorial en los reinos hispánicos es tan necio como distinguir diferentes razas en los matices de brillo del color de la piel.

Gabriel odia a Marcos por la amenaza que representa. Sin embargo, en el pulso que mantienen desde hace tiempo es su colega quien más ha perdido, y no sólo porque al ir contra la corriente de una simpatía totalitaria hacia el régimen *feudalizante* ha renunciado a alianzas estratégicas en el mundo académico, sino porque el esfuerzo de rebatir lo inadmisibile le ha obligado a cambiar el rumbo de su trabajo, conduciéndolo allí donde la crítica a la palabrería del catedrático se vuelve más necesaria. Al final del debate, agrio tras un telón de matices grises, los especialistas se dan la mano, y Marcos renuncia a la vehemencia para saludar a Gabriel.

–Eres... imbécil –musita Gabriel entre dientes, vestido con una sonrisa de gala bajo el chaparrón de aplausos que cierra el ciclo de conferencias y mesas redondas.

–Querrás decir... *imbecilizante* –replica Marcos, con la misma técnica de ventriloquía.

–Cómeme... los... huevos...

–Qué más... te... gustaría...

Al final del acto, Gabriel S. baja del púlpito a trompicones; con ansiedad nerviosa, el catedrático busca a su asistente, quien le aguarda en primera fila.

–¿Has oído al hijo de la gran puta? –despotrica Gabriel–. Esos cabrones de rectorado me obligan a darle la palabra sólo para tocarme los huevos, y todo porque hice campaña por el candidato equivocado, ¡cómo si a mí me importara una mierda quien coño dirige esta puta universidad de los cojones!

–No te preocupes –responde el esbirro–, nadie escucha a ese infeliz. Sólo habla por hablar, por crear polémica, pero en el fondo no tienen nada que decir.

–Estoy de los nervios. Llevo un día de mierda. Esta noche necesito algo que merezca la pena. Dime que me has conseguido algo bueno, y no las vacas burras de siempre.

–Creo que tengo algo que te gustará.

Archibald F. espera en el vestíbulo del hotel, sentado en un butacón de molesquín verde, con brazos decorados con remaches de metal envejecido. La noche ha sido larga, y las tripas del pobre becario ya no aguantan los baños de alcohol como antes. Archibald va por su tercera botella de agua, bajo la atenta mirada del recepcionista que, pasadas las dos de la madrugada, se pregunta cuándo se irá aquel desgraciado. Pero Archibald no es libre para marcharse; depende de su señor, a quien debe un obligado respeto, imposible de entender para el empleado del hotel, a pesar de que no es la primera vez que coinciden y ambos conocen ya las rutinas del otro.

Cuando el tedio y el silencio parecen ir a ganar la partida del sueño, a Archibald le espabila la fricción de las puertas correderas de cristal. Pasa bajo el dintel un mujer joven, enfundada en unos pantalones ceñidos, cabello claro y piel bronceada. Archibald suspira incómodo, revolviéndose en

su asiento al ver acercarse a la intrusa. Ella sonr e, y  el, que siempre la ha encontrado atractiva, empleando su imagen m as de una vez como recurso er otico, maldice su suerte. La mujer se sienta en el butac on gemelo junto a Archibald, y los dos esperan, manteniendo un pulso de silencio que el becario pierde.

– Has venido por el congreso? –La mujer sonr e, plet rica, deslumbrante, sublime–.  Con qui en?  Melho?

– Est  Gabriel arriba? –Archibald baja la mirada; aunque nadie lo pensar a, a n le queda un atisbo de decoro–.  Qu  le has conseguido?

–No me jodas, Claudia.

– Vamos! Estamos en familia. Dime qu  le has conseguido.

–Una estudiante de posgrado –contesta Archibald, inc modo–. Una de las alumnas en las clases de Gabriel que yo imparto.

– Joder! –exclama Claudia, para consternaci n de su interlocutor y desasosiego del recepcionista–. No pretendo ofenderte, pero...  Tienes que decirme c mo lo haces!  C mo un t o gordo, con una coleta grasienta que nunca pudo estar de moda, ojos de besugo y los dientes torcidos de una sierra desmochada convence a una mujer,  cualquier mujer!, para que se vaya a la cama con ese viejo baboso de Gabriel S.?  En serio!  Cu al es tu secreto? Il strame, te lo suplico.

–El alcohol –contesta Archibald, con rotunda sinceridad. Por alg n motivo, Claudia tiene el don de manipular al becario, m as si se muestra vanidosa y despreciativa–. Excepuando a las putas y a sus tres esposas, Gabriel no ha follado con una mujer sobria en veinte a os, aunque tampoco me extra a... Y t ,  qu  le has conseguido a Melho?

–Una estudiante de intercambio danesa –explica Claudia, con orgullo–. Incre ble. Una vikinga con unas tetas –matiza la mujer, resaltando con sus manos la probidad del busto.

–¿Cómo la has convencido? Cuéntame; quizás aprendo algo.

–Lo dudo.

–¡Vamos! Yo te he abierto mi corazón. Dime, ¿qué debería hacer para conquistar a una diosa nórdica, a una belleza intolerable al sentido común?

–Me temo –vacila la joven, con un falso rictus de amargura– que nuestra visitante no sólo encontraría intolerable tu aspecto simiesco; a mi nueva amiga tampoco le entusiasma ese colgajo que tenéis entre las piernas. No sé si me comprendes.

–¿Es una broma?

–No –contesta Claudia.

–Y... ¿vas a... con ella?

–Tal vez, no lo sé... Lo dejo a tu imaginación. Ya va siendo hora de que renueves el material de refuerzo con el que te entretienes por las noches.

Tras esta sugerencia desafiante, llega el silencio. Archibald F. se ve acorralado por un miedo impaciente, una necesidad irrefrenable de decir, de hacer, de participar, de que el tiempo se suceda bajo el paraguas de un motivo consecuente.

–Archibald –dice Claudia, y al pronunciar su nombre de pila, el longevo becario pierde la batalla de la compostura a manos de una rival más joven e inteligente, más refinada en la erosión de sus escrúpulos–, tonterías aparte, me alegra que nos hayamos visto. Hace tiempo que quiero comentarte una cosa. No sé si te has enterado, pero el Consejo Europeo se propone frenar la endogamia en las universidades, y para ello va a introducir como requisito en la contratación de profesores que los candidatos hayan trabajado, al menos, dos cursos en un centro distinto al que optan.

–Genial. Ahora los catedráticos se llamarán por teléfono para cambiarse becarios como si fueran sellos o cromos de fútbol.